

DRAMATICOS ACONTECIMIENTOS EN AFRICA

Una vez más, en el corto intervalo de unos meses, se está produciendo en Africa una oleada de sucesos que parecen indicar que el Continente dista mucho de haber conseguido un mínimo de cohesión y de estabilidad. Habiendo transcurrido ya once años desde la independencia de la mayoría de los Estados africanos —y mucho más tiempo desde la accesión a la soberanía de Libia, Marruecos y Sudán— siguen produciéndose golpes de Estado en cadena e insurrecciones que serían más comprensibles en las primeras etapas postindependentistas. La circunstancia de que, después de más de dos lustros de soberanía, prevalezca un ambiente tan acentuado de confusión, ha de suscitar justificada alarma. Es posible llegar a pensar que en Africa, lejos de avanzar en el camino de la consolidación de su estabilidad, imprescindible para una firme proyección hacia el exterior, se está retrocediendo a una caótica situación sólo comparable a la que presentaba en sus etapas precoloniales. Este juicio tan severo puede extraerse de la contemplación objetiva del estado de verdadera turbulencia en que está sumergida una gran parte del continente africano.

Ejemplos recientes de este problema son los dramáticos acontecimientos de Guinea, que vienen ensangrentando el país desde hace un año; la rebelión de Madagascar, el golpe de Estado frustrado en Marruecos —con la subsiguiente tensión libio-marroquí—, la guerra larvada tanzania-ugandesa y, últimamente, el golpe y contragolpe de Estado del Sudán. Si a estos acontecimientos tan expresivos agregamos el tono violento y agrio de las reuniones celebradas en Addis Abeba por la Organización de la Unidad Africana, los sucesos de Sierra Leona, los desórdenes estudiantiles de Zambia, las querrelas guineano-senegalesas, la persistencia de la rebeldía en el Sudán, Chad, Eritrea, etc., parece confirmado un crónico estado de fermentación caótica que compromete seriamente el futuro africano.

Haciendo exclusión del frustrado golpe de Estado marroquí —al que no nos corresponde referirnos porque en esta REVISTA el área árabo-islámica está confiada al señor Gil Benumeya—, destacan por su espectacularidad y la gravedad que revisten los acontecimientos ocurridos en Sudán, país que, desde la proclamación de la independencia, mantiene una encarnizada guerra civil, a la que suman, periódicamente, alzamientos esporádicos. Así, últimamente, el régimen militar instaurado por el general Gaafar el Numeiri, en mayo de 1969¹, tuvo que enfrentarse, en marzo de 1970, con la abierta sedición de la poderosa secta Ansar, cuyos estrictos principios religiosos chocaban abiertamente con las orientaciones del nuevo Gobierno. Los rebeldes, atrincherados en la isla de Aba, hicieron frente al Ejército en batallas encarnizadas resueltas merced a la superioridad del material, especialmente la aviación, que emplearon las tropas gubernamentales. Un número muy crecido de víctimas, que no ha sido precisado, costó el reprimir la rebelión, cuyo máximo dirigente, El Hadi El Mahdi, fue muerto cuando intentaba refugiarse en Etiopía. Este grave acontecimiento de la rebelión Ansar, y de su brazo político, el partido Umma, era el décimo complot contra el Gobierno Numeiri que se sucedía en el breve espacio de diez meses, y esto es un índice elocuente de la inestabilidad sudanesa. No existía unanimidad política en el seno del nuevo régimen, y, por lo tanto, cuando en noviembre del pasado año se acordaba en El Cairo, por los presidentes de la RAU, Libia y Sudán, la formación de una Federación tripartita árabe, la decisión del general Numeiri provocó tan sensible oposición en el seno del mando revolucionario, que, posteriormente, Jartum se veía precisado a diferir su adhesión a la citada Federación «por motivos internos». No se explicaron entonces con claridad los motivos de esta abstención, pero los acontecimientos posteriores han revelado que prominentes miembros del Consejo del Mando Revolucionario, de filiación comunista, se opusieron terminantemente a la integración del país en la Federación árabe. Todo esto provocó la ruptura del Gobierno Numeiri con el partido comunista sudanés, iniciada en diciembre de 1970 y culminada el pasado mes de febrero, cuando el general, en su discurso de Omdurman, declaraba que estaba decidido a «aplastar y destruir al pretendido partido comunista» por haberse comprobado su «hostilidad a la unidad árabe», así como por sus acciones encaminadas a «sabotear la economía nacional, minar la unidad del país y deteriorar las

¹ Cfr. JULIO COLA ALBERICH: «El nuevo régimen del Sudán», en el número 104 de esta REVISTA.

relaciones exteriores del Estado». La decisión era arriesgada porque el Partido comunista sudanés es el más potente del mundo árabe y dispone de unas masas muy bien organizadas. Una declaración de los dirigentes del Partido comunista, el 9 de marzo, acusaba a Libia de ser la instigadora de esta nueva política al poner como condición de su ayuda financiera «el exterminio de los comunistas sudaneses». Inmediatamente, comenzaba la depuración masiva de los miembros de ese partido, que eran expulsados de todos los cargos y detenidos en gran número.

El Partido comunista reaccionaba el 19 de julio, al llevar a cabo un golpe de Estado militar dirigido por el comandante Hachem El Atta, comunista, que había sido excluido en noviembre del Consejo del Mando de la Revolución. Los insurrectos actuaron con rapidez desconcertante, desplegando sus fuerzas alrededor del palacio presidencial de Jartum y de los edificios de la radio de Omdurman. Se cortaron las comunicaciones y se proclamaba el toque de queda. Atta se hacía cargo del puesto de comandante en jefe de las fuerzas armadas, y desde Londres, donde se hallaban, emprendían viaje el coronel Babakr Al Nur y el comandante Faruk Osman Hamadallah, que habían sido también miembros del Consejo y destituidos en noviembre. Atta formaba un nuevo Consejo Revolucionario, integrado por siete miembros, de los cuales cinco eran comunistas, otorgándose la presidencia al coronel Nur. Se levantaba la prohibición contra el Partido comunista y se anunciaba la creación de un «Frente Democrático Nacional», que estaría compuesto de «campesinos, obreros, soldados, oficiales libres e intelectuales», al propio tiempo que se decretaba la pena de muerte para las «actividades contrarrevolucionarias», comenzando sus tareas los piquetes de ejecución.

Tres días después, en un inesperado contragolpe militar, el general Numeiri recuperaba el poder. En este sorprendente acto han jugado un papel decisivo el apoyo prestado por los presidentes de la RAU y Libia, a los que Numeiri estaba vinculado estrechamente. Dos mil soldados sudaneses estacionados en territorio egipcio fueron puestos inmediatamente por El Cairo a disposición del general derrocado. Mientras tanto, el coronel Al Nur y su ayudante, Hamadallah, que habían emprendido viaje desde Londres a bordo de un reactor de la BOAC para posesionarse del cargo en Jartum, eran detenidos en el aeródromo de Bengasi, donde le obligaron a aterrizar aviones de combate libios. Privados de sus cabezas dirigentes y embestidos por fuerzas potentes, especialmente unidades blindadas, los adictos de Atta fueron rápidamente reducidos después de duros combates que causaron un ele-

vado número de víctimas. Una vez aplastada la resistencia de sus adversarios, Numeiri instaló tribunales marciales, que están juzgando a todos los participantes en el golpe de Estado, habiendo sido rápidamente pasados por las armas los principales dirigentes del mismo (El Nur, Atta, Hamadallah, etcétera) y procediéndose a la detención de los más conspicuos miembros del Partido comunista, entre ellos el secretario general, considerado como el cerebro de la conspiración, y el jefe de la Unión de Trabajadores, que han sido ahorcados. Debido al arraigo de esta organización, cabe esperar nuevos intentos parecidos al ahora fracasado, por lo que opinamos que el Sudán aún no ha encontrado su anhelada paz interior.

Otro pleito que se está envenenando y que adquiere deplorables perfiles es el referente a Uganda, a consecuencia de las tensiones que suscita en el Africa Oriental. Todo parece indicar que aquella zona esta llamada a convertirse en el escenario de graves enfrentamientos, en particular por parte de Tanzania. En realidad, la tensión entre Tanzania y Uganda surgió en el mismo momento en que el general Amin logró destituir a Milton Obote mediante un eficaz golpe de Estado². La estrecha amistad existente entre los presidentes de Uganda, Tanzania y Zambia—Obote, Nyerere y Kaunda—, así como la íntima compenetración ideológica, radicalmente extremista y antioccidental, de los tres dirigentes determinó que al ser derrocado Obote los dos últimos se dispusieran a favorecer, por todo género de medidas, incluida la fuerza militar, su retorno al poder.

Por lo pronto se ha procedido al aislamiento diplomático de Uganda. Así, poniendo en duda la legitimidad de su Gobierno, se consiguió que la IX Conferencia de Jefes de Estados de la OUA, que debiera haberse celebrado en Kampala, fuera transferida a Addis Abeba, asestándose un duro golpe al prestigio del Gobierno Amin. Al mismo tiempo, se ponen en práctica planes muy meditados tendentes a fomentar la subversión interna, alentándose la misma mediante intensas campañas radiofónicas desde el exterior. Así fracasó recientemente un intento de golpe de Estado contra el general Amin cuando varios soldados que obedecían las consignas exteriores trataron de apoderarse de las armas de un cuartel situado en la base de Magamaga. El ambiente hostil se está traduciendo en incursiones guerrilleras. El 13 de julio se comunicaba en Kampala que comandos rebeldes procedentes de Tanzania habían atacado a dos unidades del Ejército de Uganda, dan-

² JULIO COLA ALBERICH: «Golpe de Estado en Uganda», en el número 114 de esta REVISTA.

do muerte a 17 soldados. El comandante en funciones de las Fuerzas Armadas, teniente coronel Amben, que facilitaba estas noticias, agregaba que los incidentes habían ocurrido en Moroto, a 480 kilómetros al NO de la capital, y en Jinja, a 88 kilómetros al E de Kampala. Ambos lugares se encuentran lejos de la frontera tanzania y en pleno territorio de Uganda. Coincidió el ataque con la llegada, ese mismo día, del general Amin a Londres. Los comandos invasores eran rápidamente puestos fuera de combate por las unidades gubernamentales.

Al día siguiente, el general Amin celebraba una conferencia de prensa en la capital británica, afirmando, de forma concreta y terminante, que estos comandos guerrilleros que invaden su país están formados por exiliados ugandeses partidarios de Obote, que son entrenados militarmente en Tanzania por expertos chinos que allí residen. El Gobierno de Dar Es Salaam puso, desde enero, a disposición de Obote, acogido en la capital tanzania a la hospitalidad de su antiguo colega, instalaciones adecuadas para la instrucción militar de los exiliados ugandeses. A estos núcleos rebeldes contra el Gobierno de Kampala, Nyerere les ha venido facilitando abundante armamento y material, así como los aludidos técnicos instructores que Tanzania posee en gran número, en virtud de los acuerdos firmados con Pekín.

En su declaración, Amin, con posible exageración aseguraba que en los choques registrados habían perecido cerca de mil soldados ugandeses. Esta situación tan comprometida estimulaba al general Amin a solicitar del Gobierno británico el suministro de «equipo militar selecto» para su país, así como el entrenamiento de sus fuerzas armadas y aéreas, peticiones que mantuvo en sus entrevistas con lord Carrington, secretario de Estado para asuntos de defensa.

En sus declaraciones de Londres, el general Amin anticipaba su intención de pedir al Gobierno de Pekín que detuviera su participación en la invasión de Uganda, subrayando que ésta practica una política de no alineación y que desea mantener relaciones amistosas con todas las naciones sin tener en cuenta su régimen político. También anunciaba su propósito de informar a la OUA de estas incursiones guerrilleras que denotan una intervención de Tanzania en los asuntos internos de Uganda. Ninguna de ambas medidas están destinadas a surtir efecto: la primera, por la estrecha cooperación chino-tanzania, y la segunda, porque la OUA, como se ha demostrado en las últimas sesiones, está bajo la influencia de los países que más se han significado en su hostilidad al Gobierno de Amin.

El asunto de Guinea sigue revelando aspectos estremecedores. Desde que en noviembre del pasado año Seku Ture anunciara la invasión del territorio guineano por «mercenarios portugueses», en un intento de disfrazar uno de los constantes brotes de insurrección contra su dictadura, la situación no ha mejorado. En años anteriores, el presidente guineano había acusado, sucesivamente, a franceses y soviéticos de instigar las conjuras descubiertas contra su régimen. En noviembre prefirió elegir a Portugal por blanco de sus acusaciones. Lo cierto es que al socaire de su pretendida lucha contra los «invasores» Seku Ture procedió a liquidar físicamente a todos los oponentes en una orgía de sangre que ha sido descrita, con mucha exactitud, como un «carnaval de la muerte», y que fue calificada por S. S. Pablo VI como «horrible y despiadada». Miles de guineanos sospechosos de tibieza hacia su presidente, han sido ejecutados públicamente, al principio, y después, en secreto. Se crearon «tribunales populares», con el fin de dar carácter de ejemplaridad a esta siniestra represión. El propio Seku Ture dio las consignas oportunas: «todos los que han querido asesinar deben ser asesinados», y en un histérico llamamiento, transmitido por Radio Conakry, expresaba su deseo de que «el pueblo despedace, queme y degüelle a todos sus enemigos». Tan drásticas resoluciones no han bastado para eliminar la oposición por lo cual acusaba, a finales de 1970, a la Alemania Federal de favorecer la actuación de sus enemigos. Expulsaba a 150 técnicos alemanes que trabajaban en el país y pedía la retirada del embajador de Bonn. El 15 de febrero ampliaba sus acusaciones a todos los «blancos de Alemania Occidental, Francia y Estados Unidos que entrenan mercenarios en Bissau para efectuar una nueva agresión». Al mismo tiempo comenzaba sus ataques dialécticos contra el Senegal, al que calificaba de «cabeza de puente del imperialismo en Africa». Como hacía constar la revista *Jeune Afrique*, en su número del 18 de mayo pasado, desde mayo de 1969 Seku Ture ha hecho ejecutar a gran número de sus ministros, obsesionado por la idea de que tratan de arrebatárle el poder. Todo indica que el asunto de Guinea es el síntoma de la rebelión de un pueblo oprimido contra el dirigente que le tiraniza, causando millares de víctimas entre una población inerme y exasperada. Las acusaciones contra los países extranjeros son una forma de justificación de esta horrible represión.

En la propia Zambia, uno de los países que demuestran una orientación más extremista, se está contemplando una situación de amplia rebeldía juvenil. El 15 de julio se registraban graves desórdenes en la Universidad de

Lusaka, cuando los estudiantes manifestaron públicamente su oposición al presidente Kaunda y su política. Diez dirigentes de la Unión de Estudiantes dirigían, el 12 de julio, una carta al presidente criticando sus decisiones respecto a la venta de armas a Sudáfrica. El jefe del Estado, considerando que la misiva estaba redactada en «términos arrogantes y muy insultantes» y teniendo en cuenta los graves desórdenes ocurridos dos días después, daba orden al Ejército para que desalojara la Universidad, cerrándola hasta el 30 de agosto. Soldados con bayoneta calada y metralletas acordonaron el edificio y penetraron en su interior, obligando a los alumnos a sacar al exterior sus maletas y ropa. Una vez expulsados los estudiantes, quedó clausurada la Universidad.

* * *

Estos antecedentes son válidos para cuanto se refiere a la ebullición interna existente en diversos Estados y a las querellas bilaterales que mantienen. En cuanto al conjunto de los Estados, en su organización colectiva, la de la Unidad Africana, se aprecian igualmente serias diferencias que dividen en bloques al Continente. Las tendencias que lo escinden se han exagerado con ocasión de los debates relativos a la conducta a seguir respecto a la República sudafricana. Durante el V Congreso del Partido democrático de Costa de Marfil, celebrado en octubre de 1970, el presidente Félix Houphouët-Boigny planteaba el problema de estudiar las relaciones entre la República sudafricana y los Estados africanos independientes. La propuesta fue bien acogida por sus correligionarios y al mes siguiente el presidente proponía la reunión de una conferencia de jefes de Estados africanos para debatir la conveniencia de celebrar conversaciones con Sudáfrica. La iniciativa no prosperó y la conferencia no tuvo lugar.

La postura del presidente de Costa de Marfil, aunque impopular entre las autoridades y las masas de la mayor parte del Continente, es muy realista. Durante muchos años, los Estados africanos han llevado el problema de la segregación racial ante los organismos de las Naciones Unidas, obteniendo favorables resoluciones que jamás se han aplicado. Así, en noviembre de 1968, el Comité Político de las Naciones Unidas condenaba la política sudafricana por 95 votos a favor, uno en contra (Portugal) y 16 abstenciones, entre las que destacaban las de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, etc. Al mes siguiente, la ONU aprobaba—por 66 votos a favor, cinco en contra (Brasil, Malawi, Perú, Portugal y Sudáfrica), 29 abstenciones

y 26 ausentes—la propuesta de supresión de relaciones diplomáticas con Sudáfrica, Portugal y Rhodesia. En diciembre de 1969, la Asamblea General de las Naciones Unidas condenaba—por 87 votos a favor, uno en contra (Portugal) y 23 abstenciones—la política interior sudafricana y su «ocupación ilegal» de Namibia. Muchas otras resoluciones parecidas podrían citarse de la ONU, pero ninguna ha sido llevada a la práctica, lo que demuestra la incapacidad de la organización internacional para imponer sus acuerdos. En tales circunstancias no resulta realista pretender continuar actuando de esa forma que se ha revelado ineficaz. Más bien se demuestra la conveniencia de modificar la actitud y el método empleado, tratando de hallar una solución pacífica que se acomode a los anhelos de ambas partes, lo que pudiera encontrarse planteando unas negociaciones en buena y debida forma. Quizá resulte una gestión laboriosa y que ocupe mucho tiempo, porque, como reconoce el presidente de Costa de Marfil, es un problema para solucionar «a largo plazo». Pero es el medio más adecuado y, si es reconocido como útil, debe ser aplicado cuanto antes, comenzando los contactos en el plazo más breve posible. «Son necesarios contactos directos—dice Houphout-Boigny—, y si se traducen en resultados alentadores, entonces se podría estudiar, en interés de Africa, el establecimiento de relaciones diplomáticas». Consideramos que son palabras sensatas que esbozan un proyecto útil al interés africano, madurado y meditado por uno de los estadistas más experimentados y lúcidos del Africa subsahariana. Estas palabras, por otra parte, causaron un impacto favorable en Pretoria, donde el primer ministro Vorster, declaraba que la República Sudafricana estaba dispuesta a entablar, con franqueza y en condiciones de «absoluta igualdad», el diálogo con los restantes países africanos que lo desearan, a condición de respetar el principio de no ingerencia. El pasado 28 de abril, el presidente de Costa de Marfil aceptaba la posibilidad del diálogo, basándose en que Africa necesita fundamentalmente la paz para lograr su desarrollo.

Pero este criterio pragmático no es compartido por otros jefes de Estado, obsesionados por cuestiones ideológicas. Esto se comprobó durante la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los países de la OUA desarrollada, a mediados de junio, en la capital etiope, que se vio dominada por el enfrentamiento, violento en muchas ocasiones, entre los partidarios del diálogo con Pretoria y los que se oponen a él. En principio, compartían el criterio dialogante de Costa de Marfil 16 Estados, además del citado: Alto Volta, Botswana, Chad, Dahomey, Gabon, Ghana, Lesotho, Madagas-

car, Malawi, Ngwame (ex Swaziland), Niger, República Centroafricana, República Sudafricana, Sierra Leona, Togo y Uganda. Los restantes, con distintos matices, se oponían. La situación llegó a ser tan tempestuosa que la delegación marfileña, secundada por las de Gabon y Togo, se retiraba de la reunión el 18 de junio. Alto Volta se retiraba igualmente, aunque anunciaba su propósito de reintegrarse a su puesto una vez que terminase el debate sobre esta cuestión litigiosa.

Finalmente, la conferencia ministerial adoptaba una declaración diciendo que «el Consejo rechaza la idea de cualquier diálogo con el régimen sudafricano que no tenga por único objetivo el de obtener para el pueblo oprimido de Africa del Sur el reconocimiento de sus derechos legítimos e imprescriptibles y la eliminación del *apartheid*, conforme al manifiesto de Lusaka». Una enmienda, inserta al texto del proyecto inicial, declaraba que «toda acción para hallar una solución a los problemas del colonialismo debe situarse en el marco de la OUA y según sus directrices». El conjunto de la declaración fue adoptado por 27 votos favorables de los 33 países presentes. Cuatro votaron en contra (Lesotho, Madagascar, Malawi y Ngwame), otros dos (Dahomey y Niger) se abstuvieron y cuatro Estados (Alto Volta, Costa de Marfil, Gabon y Togo) no participaron en los debates. Además, otras cuatro naciones (Congo-Kinshasa, Mauricio, República Centroafricana y Uganda) no enviaron delegaciones al Consejo ministerial. La resolución debía ser refrendada por la conferencia de jefes de Estado.

La IX Conferencia de jefes de Estado miembros de la OUA —que tuvo lugar del 21 al 23 de junio en Addis Abeba— aprobó las recomendaciones de la conferencia ministerial rehusando el diálogo con Pretoria y condenó la postura adoptada por Costa de Marfil. Votaron en contra: Gabon, Lesotho, Mauricio, Malawi, Madagascar y Costa de Marfil; se abstuvieron Alto Volta, Dahomey, Ngwame, Niger y Togo, y 28 Estados votaron a favor. Es decir, más de la tercera parte de los países representados no compartieron la opinión negativa al diálogo, lo que revela una absoluta falta de unanimidad y una estimable dispersión de puntos de vista. Ahora bien, cuando en el Continente, como hemos visto, se presentan problemas internos tan urgentes como los de Guinea, Sudán, etc., o litigios tan preocupantes como los de Uganda-Tanzania, la Organización interafricana no tiene ocasión de dedicar su tiempo a encontrar los medios de solucionar esas tensiones o de corregir las causas que determinan el descontento de poblaciones que se sienten oprimidas por Gobiernos africanos de dudosa representatividad. Por

ejemplo, la IX Conferencia tuvo que abstenerse de tratar la tensión entre Senegal y Guinea, que está adquiriendo perfiles muy sombríos, y también rehusó escuchar las quejas de Uganda. En vez de estudiar serenamente los problemas actuales, vivos y acuciantes, los dirigentes presentes en Addis Abeba se dedicaron a obstruir un camino válido para el entendimiento con otra nación del Continente que mantiene a las poblaciones africanas que viven en su territorio en condiciones económicas y políticas muy superiores a las de algunos otros Estados que se rasgan las vestiduras ante el caso sudafricano y que subyugan a sus connacionales con excesivo rigor.

* * *

Estos ejemplos, a los que nos hemos referido tan escuetamente, revelan, por una parte, un estado de agitación que convulsiona Africa y también la falta de visión de los dirigentes del Continente, salvo notables excepciones, que se entregan a discusiones bizantinas en vez de sentar las bases que promocionen el futuro africano. Ciertamente se observan en el Continente aspectos muy positivos, pero no cabe dudar de que la estabilidad de Africa se encuentra muy comprometida si sus dirigentes no saben superar sus actuales disensiones y si no aplican en sus propios países las condiciones necesarias para que las masas africanas puedan sentirse realmente libres y en vías de una prosperidad que merecen.

JULIO COLA ALBERICH

CRONOLOGIA

